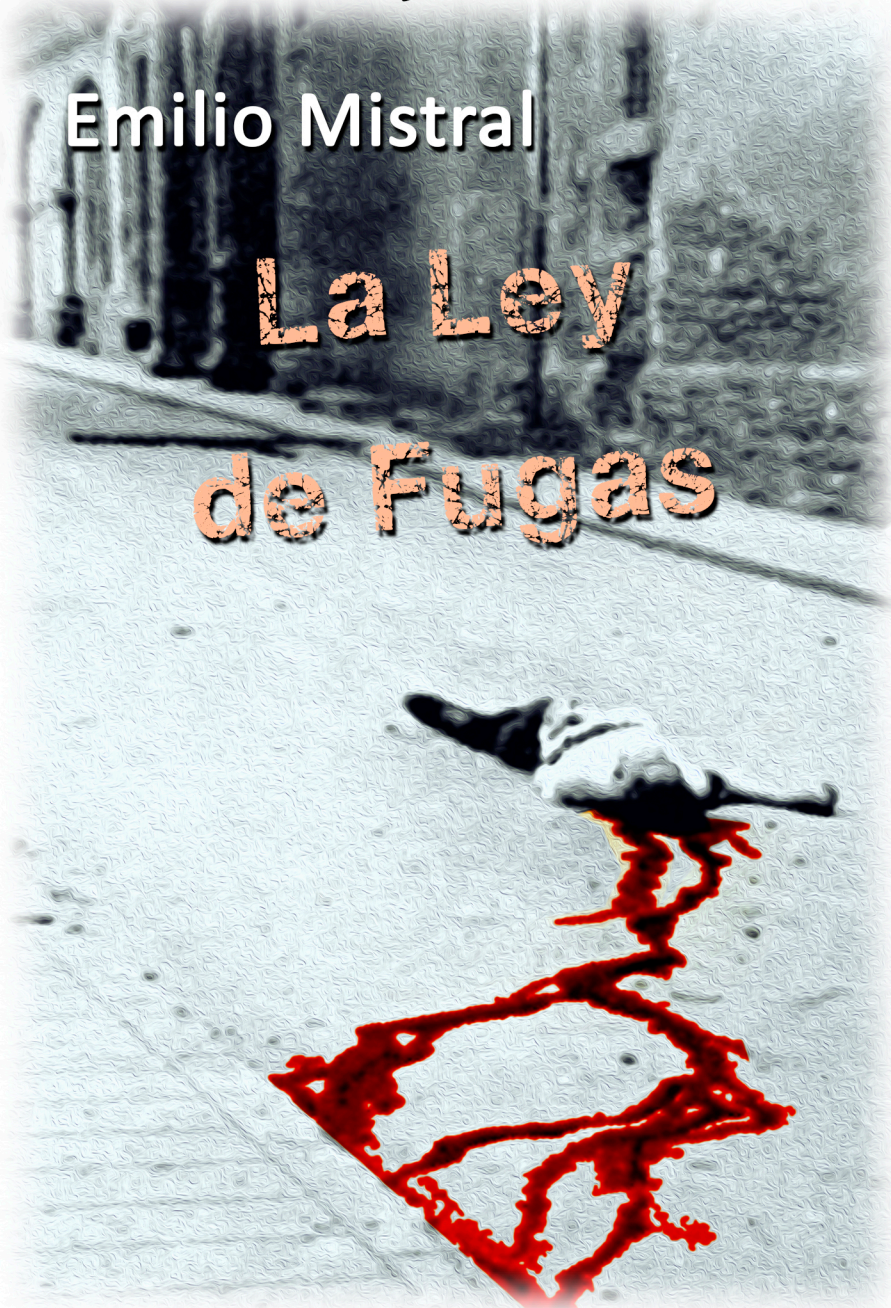


La novela proletaria

Emilio Mistral

La Ley
de Fugas



Este número de *La novela proletaria*, nos lleva al mundo del terrorismo patronal y gubernamental de los años consecutivos a 1919 en Cataluña.

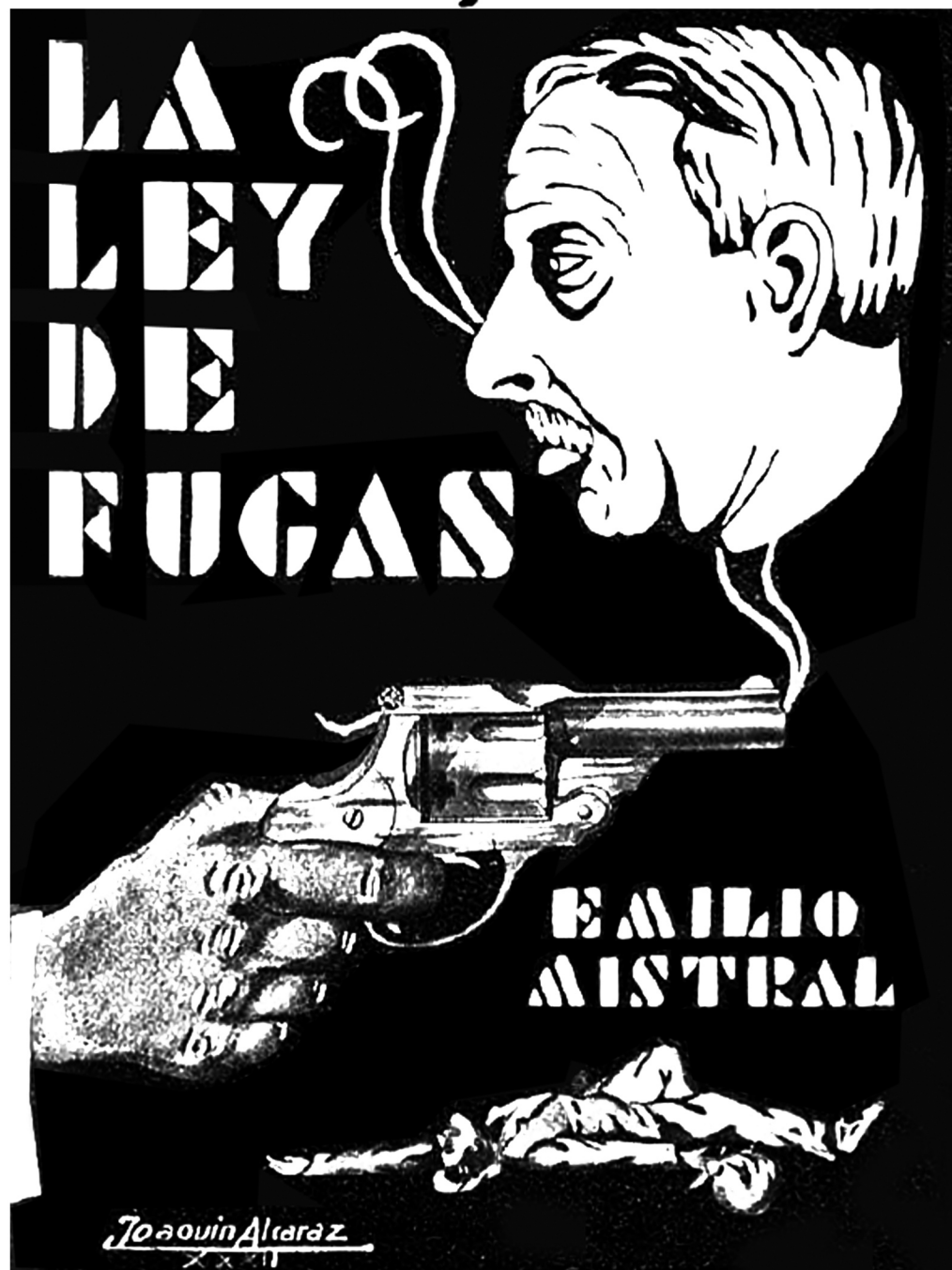
Tras sufrir la derrota de la huelga de la Canadiense, que introdujo la jornada laboral de 8 horas en España, la patronal catalana se resarce por la aplicación del lock-out o cierre patronal, que hace aumentar el paro exponencialmente, así como la aplicación del terrorismo, que costará la vida a varios cientos de trabajadores.

Mistral, en esta obrita, reconstruye el asesinato de Pau Sabater, "Tero".

Durante la Segunda República española, una serie de colecciones de novelitas de kiosco, invadieron las calles; desde las obritas románticas de *La novela ideal* a la temática obrerista de *La novela proletaria* o la anticlerical de la *Biblioteca de los sin dios*.

Todas ellas fueron alimento de una conciencia antiburguesa que, dada su enorme difusión, las clases dominantes, hubieron de intentar su truncamiento con el golpe de 1936.

La novela proletaria



LA
LEY
DE
FUGAS

EMILIO
AISTRAL

Joaquin Alcaraz
X X X I I

Emilio Mistral

LA LEY DE FUGAS

Ediciones Libertad

La novela proletaria nº 14

Portada original: Alcaraz

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

EMILIO MISTRAL ANTE LOS LECTORES

I. LA CIUDAD DE LAS LUCHAS Y DEL TERRORISMO

II. CÓMO SE ENGENDRAN LOS TIRANOS

III. CÓMO PROCEDÍA LA POLICÍA

IV. PRINCIPIOS DEL TERRORISMO

V. A LA CAZA DEL HOMBRE, DE NOCHE Y ARMADOS

VI. CAMINO DE LA MUERTE

VII. LA PRENSA DICE: ...UNA VÍCTIMA

VIII. LA LEY DE FUGAS SE APLICA A DISCRECIÓN

EMILIO MISTRAL ANTE LOS LECTORES

Admiramos al hombre consecuente que sigue rectamente la ruta dolorosa de un ideal. La consecuencia es una virtud apreciable en el hombre, y Emilio Mistral, además de otras, posee esta virtud.

No es un periodista profesional. No lo fue nunca. Es el obrero que aprende por sí mismo las primeras letras y que, como otros muchos, se abren paso con un esfuerzo heroico. Este caso de Emilio Mistral es, no menos notable que el mismo de Juan Peiró o Ángel Pestaña, que estudiaron las primeras letras después de los veinte años, y han sido los dos las figuras más salientes del sindicalismo y directores del diario «Solidaridad Obrera».

Las aficiones periodísticas de Mistral datan de muy lejos, allá cuando contaba quince años. Se reunía los domingos con un grupo de muchachos con la obligación de hacer un artículo cada uno, y de un pliego de papel de barba, con letra menudita, hacían un periódico. Esto ocurría en Castellón de la Plana.

En esta capital levantina trabajaba en el comercio, y le prohibían terminantemente leer para que no perdiese tiempo.

El primer periódico en que empezó a escribir en serio fue en «Despertar», allá en 1905. Fue fundado por unos cuantos amigos y dirigido por Emilio Mistral.

Muerto este periódico, le concedieron la dirección de «La Unión de Cocineros y Camareros», órgano en la Prensa de las Sociedades «La Artística Culinaria» y «La Alianza», de camareros, respectivamente, de Barcelona.

Luego se unieron las Sociedades obreras de Barcelona en una Federación local, y fundaron su órgano «Solidaridad Obrera», en la que intervino en la sección de propaganda, y en donde no dejó de escribir en todos los números. De los pertenecientes a aquella Federación, origen de lo que hoy es la potente CNT, recuerdo algunos nombres: Herrerros, Bisbe, Colomer, el profesor Casasola, Bernabeu, Badía Matamala, Rodríguez Romero y otros.

Esta Federación fue la que inició la protesta contra la guerra de Marruecos, y de donde derivaron los sucesos de la semana trágica de 1909, con la quema de conventos. Fuimos perseguidos todos los del Comité. Mistral se ausentó para Buenos Aires, y allí empezó con otro periódico, «El Sindicato», órgano de los Mozos de carga, de la Argentina, que le nombraron su director.

En 1910 ocurrieron sucesos graves con motivo de la celebración del primer centenario de la independencia, 25 de

mayo; a consecuencia de los mismos se derrumbó la organización sindical.

En estas circunstancias, aprovechó Emilio Mistral las relaciones adquiridas y fundó otro periódico, «La Antorcha», al que le dio vida hasta los primeros de 1917, que regresó a Barcelona. La lucha en aquel país fue dura, pero salió sin ningún rasguño de las caricias que suele hacer la policía.

En «La Antorcha» tuvo los mejores colaboradores del campo avanzado del proletariado, y es donde se le da entrada en la familia del periodismo. Nombres, podríamos citar muchos, pero baste tan sólo éstos: Alberto Ghirardo, José de Maturana, Tito Livio Foppa, Federico A. Gutiérrez, Rodolfo González Pacheco, José Marañón, Félix Morales, G. J. Fozza Reilly y otros.

Al regresar a España inició en Barcelona la publicación de una revista de ciencia social, titulada «Los Nuevos», donde colaboraron las mejores plumas del campo social y de ideas avanzadas. Al morir esta revista salió para Valencia, donde contribuyó a fundar «Solidaridad Obrera» diario, siendo el alma de la idea. Sin apenas capital, allí se lanzaron, ante la extrañeza general, a hacer nada menos que un diario.

Contaban, según he podido indagar, con 2.500 a 3.000 pesetas. Tenían confianza en el éxito, y éste superó a todas las esperanzas.

La redacción del diario estuvo compuesta por tres camaradas; Juan Gallego Crespo, Ramón Insa y Emilio Mistral; luego sucedieronles otros, y otros.

Mistral tuvo que ausentarse de Valencia, y fue a Zaragoza. Allí colaboró en «El Comunista», órgano del Centro de Estudios Sociales, del que fue su presidente.

De Zaragoza pasó a Madrid, y en sus nuevas inquietudes fundó el semanario «Nueva Senda», periódico que le costó un proceso por la campaña Sacco–Vanzetti, y una detención gubernativa de cinco meses.

Recuerdo este último periódico. Era cuando yo empezaba a leer la prensa obrera y anarquista. Suenan en mí, como una lejana vibración de rebeldía, los versos vigorosos de aquel poeta formidable que se llamaba Moisés López, y que no faltaban en ningún número del periódico.

También en Madrid fundó «La Novela Roja», la primera novela corta de carácter revolucionario. Tuvo un éxito lisonjero; entre los números publicados los hay de verdadero valor literario–histórico, donde iban saliendo los episodios de la lucha de nuestros tiempos.

Últimamente, antes de proclamarse la República, ha fundado y dirigido «La Colmena», revista de carácter pedagógico racional, por la que sintió un gran cariño, y que ha dejado de publicarse por el vacío sentido por los trabajadores, más amantes de la obra revolucionaria.

Siento por este hombre, que sin destacarse mucho ha perseguido infatigablemente la consecución de un ideal por el que ha luchado y sufrido mucho, una gran simpatía. Su constancia, su desinterés y su fe le equipararon a unos de

aquellos personajes heroicos de las novelas rusas que recurrían a todo para conseguir un fin.

No ha habido periódico avanzado de América y de España en el que no haya colaborado, firmando con los seudónimos de Juan del Pol, Juan Verdades, El Doctor Centeno, Mario Pammarcy, y el que ahora usa.

También he, de señalar aquí que Emilio Mistral ha colaborado en «Heraldo de Madrid, «La Libertad», «La Calle», de Barcelona; «El Día», de Alicante, como también formó parte accidentalmente de «La Tierra», que como tal vino a ésta casa de Barcelona, teniendo la amabilidad de visitarnos, satisfaciendo un deseo de conocerle personalmente, largo tiempo alimentado.

Este es el autor de «La Ley de Fugas», novela que describe un episodio de aquella época terrorista de Barcelona.

LA LEY DE FUGAS

I. LA CIUDAD DE LAS LUCHAS Y DEL TERRORISMO

La ciudad industrial de Barcelona pasaba por agitadas luchas sociales; un movimiento reivindicador había hecho poner en manos fuertes, manos de hierro, el mando de la provincia.

Por este puesto habían pasado más de treinta gobernadores, y todos habían salido fracasados en sus planes de pacificar la ciudad. Hubo gobernador que fue sacado poco menos que a puntapiés; las fuerzas vivas de Barcelona ponían todo lo que de su parte estaba para hacer fracasar a aquellos hombres que no se sometían a sus órdenes.

La agitación continuaba. Había bandas de pistoleros mercenarios que quitaban de enmedio a cuantos elementos obreros se significaran en sus propagandas, o bien desempeñaban cargos en Comités de Sindicatos.

Por fin, llegó a hacerse cargo de la ínsula barcelonesa un general, con crédito de hombre recto, firme, duro y se esperaba de él el exterminio de todos los sindicalistas, perturbadores de

la paz y tranquilidad de Barcelona. Y empezó la lucha fratricida, la caza del hombre.

Toda la maldad de un hombre puesta en acción. Diariamente caían varios muertos.

Las cárceles se llenaron de obreros inocentes. Bastaba encontrarlos alrededor de una mesa de café, o sentados en un banco del paseo para detenerlos y encarcelarlos.

Aquél o aquéllos a quienes se les veía en el bolsillo un carnet, eran considerados como bandidos, como criminales, y en nada se detenían para golpearle, o bien pegarle dos tiros. La organización obrera, perseguida malvadamente, había sido declarada fuera de la ley, no concediéndoles a sus adheridos cuartel ni respeto.

Pero los trabajadores no cedían un palmo del terreno conquistado. Nada les arredraba. Ni la cárcel ni la muerte les atemorizaba, convencidos de que defendían una aspiración justa, una idea noble, cuya marcha ascendente por nada ni por nadie debía ser interrumpida.

¿Que caían en la lucha muchos de los buenos? No importa, adelante.

¿Que tenían el camino cercado y minado por los enemigos para cazarlos como a perros? Nadie podría detenerlos en ese mismo camino. Buscarían sendas más cortas que les hicieran llegar a él.

Las ideas no se combaten ni anulan con persecuciones, con martirios. A las ideas hay que combatir las con ideas, con argumentos de lógico razonar.

Las armas empleadas por los enemigos de toda clase de avance humano, no podían ser más contraproducentes, y por fuerza habían de estrellarse en sus intentos.

¿En nombre de quién se combatía a los Sindicatos? ¿Qué principios doctrinales oponían a las aspiraciones de bienestar, Justicia e igualdad?

Unos señores que disfrutaban de todo sin poner nada de su parte, querían detener la marcha de progreso y de justicia social, y una institución llamada Estado les daba las armas para atacar impunemente a los que nada poseían, a los que indefensos ponían sus pechos como barricada para detener las balas asesinas.

Si alguna vez se defendían, hacíanlo con nobleza, sin parapetarse en ninguna ley que los defendiese. Cara a cara iban a la lucha. Si les acometían antes de caer asesinados como perros, lógico era que se defendiesen.

Así estaba entablada la batalla; veríamos quién vencería.

II. CÓMO SE ENGENDRAN LOS TIRANOS

Desde aquella lejana fecha, 393 años antes de la era de Cristo, que gobernaron los treinta tiranos en Atenas, hasta llegar a nuestros días, ha llovido algo. No obstante, el progreso de la ciencia ha sido grande. Está fuera de duda; pero el hombre, ¿es mejor o peor?

Esto es lo que hay que estudiar, porque si nos atenemos a los hechos, el humanismo de los gobernantes está bien lejos de ese progreso científico, carece de bondad para los gobernados que no se someten como corderos a sus leyes, porque tienen otras concepciones más justas y humanas con que regirse y gobernarse.

En esta sociedad «moderna» ha surgido un tipo de hombre diferente del resto de la especie humana. Es el tipo que se considera superior, que mata, ordena matar fríamente y a quien no le alcanza responsabilidad alguna por sus crímenes.

Ese tipo déspota se eleva por encima de otros hombres, sus hermanos, y los castiga con hierro candente a sufrir los martirios

que su alma perversa le dicta. Ordena sacarlos de sus casas, de sus hogares a altas horas de la noche y los mata como a perros rabiosos. Su perversidad no lo detiene en nada. Manda que sean llevados a alta mar y arrojados al fondo del agua. Y se los arroja.

Ni el dolor de las madres, ni el llanto de las esposas, de los hijos, sirve para hacerle pensar un poco en sus crímenes. Su consigna es derramar sangre, y el correr de ese líquido humano le aprovecha tan sólo para celebrar sus macabros festines, satisfecho del deber cumplido.

Así lo hemos presenciado en épocas recientes. Así ha sucedido en naciones que se consideran civilizadas, desde Napoleón al zar de Rusia; desde Porfirio Díaz, el déspota mejicano, a Joao Franco; desde Mussolini, el dictador fascista, al gobernador Martínez Anido.

Pueden hacerse listas completas de las víctimas de estos gobernantes de pueblos. Y la historia, esa historia que tanto enseña, se avergonzará de escribir tantos y tantos crímenes cometidos.

¿Civilización? ¡Oh! Cruel palabra, si sirve para encubrir a unos hombres que nada tienen de civilizados.

Esta civilización se ha hecho ley, y las leyes, como dice Lamennais, la mayoría no han sido más que medidas de interés privado, medios de aumentar y de perpetuar el dominio y el abuso del dominio del número menor sobre el más grande.

Perfeccionar el instrumento de opresión no es progresar. Eso sólo tiene un nombre: el de matar científicamente, como lo hace

ese país neoyorquino, de progreso mecánico, con la silla eléctrica. Pero ese instrumento no lo hemos visto emplear todavía para suprimir a ningún rico.

III. CÓMO PROCEDÍA LA POLICÍA

Los crímenes que se realizaban en la ciudad de Barcelona, desde 1919 hasta 1922, sin interrupción alguna, fueron terror de todos sus convecinos, menos de aquellos que estaban en el secreto. Para éstos era un lenitivo según sus cálculos. Cada uno que caía lo consideraban como un alivio. El progreso de los trabajadores iba a sufrir un retroceso.

Eran las diez de la noche cuando Jaime Llanos fue detenido en la casa donde se albergaba.

A unos veinte metros de distancia vio un grupo que le hizo vacilar. Pero se decidió a seguir adelante.

En ninguna época se perseguía a los hombres como a la sazón.

Cuando estuvo cerca de ellos, reconoció a sus perseguidores, que iban pistola en mano. Viendo lo que le aguardaba, sacó también la pistola. Iba a jugarse la vida, pero antes de que lo hiciera oyó estas palabras:

-¡Manos arriba!, y se vio rodeado de policías. Habíalos hasta con tercerolas, y muchos del llamado somatén.

Al verse desarmado, todos se echaron encima, como unos valientes, y el que hacía de jefe, un inspector de policía, se fue a él y dijo:

-¡Atadlo bien! ¡Todo lo que hagáis será poco! Le amanillaron tan fuerte como pudieron, atándolo brazos al pecho.

Lleváronle a la Delegación de Policía del distrito del Norte, donde el citado comisario era jefe, y allí le oyó:

-¡Qué contento se va a poner el general!

Al mismo tiempo que cerrando los puños lo maltrataba.

Como es costumbre en estos centros, desfilaron por delante de él muchos agentes, a los cuales expresó el comisario:

-¡Mirad qué cara de angelito pone; miradlo bien!

Y algunos de esos agentes lo insultaron.

El comisario X empezó a hacerle preguntas. Viendo que el detenido nada respondía, púsose a pegarle, y en un momento de gran nerviosidad, le increpó:

«A Vendellós le he sacado los ojos y a ti también te los voy a sacar».

Bruscamente sacó unas tijeras, y agarrándole con una mano, amenazó con la otra para pincharle.

Lleno de gozo el hombre de orden, telefoneó a Arlegui, comunicándole:

«Mi general, ya tenemos al Llanos. ¿Qué hacemos con él?»
Dejó el teléfono y se fue hacia la víctima en actitud amenazadora.

Minutos después le sacaron, y pistola en mano, hicieronle salir. Comprendió la víctima que le iban a aplicar la ley de fugas... En la calle subieron en un taxi, llevándole a la Jefatura, a presencia del jefe L. Este, en cuanto lo vio, dijo: «¿Quién ha atado así a este hombre?»

Le hizo desatar y le interrogó.

–Ahora va a interrogarte el general; fíjate bien en lo que digas, y que tengas buena suerte.

Condujéronle ante Arlegui y su secretario Pita, siendo insultado por uno y otro.

IV. PRINCIPIOS DEL TERRORISMO

Desde que las autoridades concedieron amplios poderes a Bravo Portillo, otorgándole carta blanca para que interviniera en los asuntos sociales, los procedimientos arbitrarios adquirieron un grado tal de refinamiento y crueldad, que dieron lugar a que se produjesen coléricas y airadas protestas de toda la prensa y de las organizaciones obreras.

Protestas que, como siempre, caían en el vacío más completo, y en consecuencia, las cárceles llenáronse de infelices obreros.

Los detenidos por supuestos delitos sociales eran objeto de una vigilancia especial, vejatoria, denigrante. Para ellos no había consideración de ninguna clase, y el mal trato era como un trato especial.

Hallábase una huelga planteada, lo cual tenía soliviantada y fuera de quicio a la clase patronal más reaccionaria. Era la del ramo de tintorería, cuyos obreros, en sus justas peticiones de mejoramiento material, reclamaban por intermedio de su Sindicato, prudencial aumento de jornales.

Como era costumbre, la clase patronal, egoísta, avara y perversa, se negaba en absoluto a conceder ese aumento.

El conflicto lo llevaba el Comité del Sindicato, cuyo presidente, Pablo Sabater, hombre de carácter levantado, austero y equilibrado, intentaba por todos los medios legales y métodos de persuasión llevar al ánimo de los patronos la idea de que el aumento que solicitaban los obreros era justo, razonable y lógico.

De muy diferente manera procedía la clase patronal, que intransigente y ruin, buscaba arruinar y destruir al Sindicato, y por ende a los obreros. Sus armas para conseguirlo era la persecución sistemática y rastrera.

Querían arrastrar a la desesperación a los trabajadores y no miraban la actitud provocativa en que se habían colocado.

¿Qué les importaba esto?

La ciudad los contemplaba silenciosamente, dejándolos hacer, aunque viera romperse la armonía...

El dolor no era nada. El odio de clase y la avaricia del dinero lo eran todo para ellos. Se proponían triunfar, aun cuando el triunfo del despotismo era la derrota del privilegio, porque las clases esclavizadas iban despertando del sueño de engaño en que las mantuvo la bondad fingida del amo y señor de la fábrica y del taller.

V. A LA CAZA DEL HOMBRE, DE NOCHE Y ARMADOS

Eran las dos de la madrugada, cuando el presidente del Sindicato regresaba a su casa, ajeno del todo a cuanto le iba a ocurrir.

Era una noche deliciosa, apacible; de verano ardiente y voluptuoso. Allá arriba, en el cielo puro, límpido, sereno y azulado brillaban tímidamente algunas estrellas.

La calle Dos de Mayo se veía solitaria, quieta, silenciosa. La quietud de la barriada de San Martín sólo era turbada de vez en vez por las fuertes pisadas de un modesto vigilante nocturno, al hacer el recorrido de la demarcación señalada, sin sospechar siquiera el trágico drama que en la soledad misteriosa se estaba gestando.

Pablo Sabater (el tesorero) regresaba a su domicilio tras haber asistido a una asamblea de huelguistas. Retirábase tranquilo y confiado, al propio tiempo que optimista.

Sube y abraza a su compañera Josefina, quien le dice:

-¡Cuánto has tardado, Pablo! Temía por ti.

-No seas tonta; ¿por qué habías de temer?

-Por las persecuciones de la policía, que no deja nunca en paz a los trabajadores que luchan por su mejoramiento.

-Pero la huelga se desenvuelve tranquilamente, y por lo tanto, no hay que temer detenciones arbitrarias.

-Así sea; pero yo no estoy tranquila un solo momento; tu cargo en el Sindicato es de gran responsabilidad, y...

-Nada, nada, querida; yo no soy más que uno de tantos sindicatos. Si soy presidente, es porque uno ha de serlo, y yo hago lo que acuerda la asamblea.

-Así y todo, Pablo. Yo no estoy tranquila.

Con esta plática amorosa, Pablo y Josefina iban acortándose tranquilamente.

Pasaron una, dos, tres horas desde que reposaban los cuerpos de estos obreros, esperando el nuevo día para continuar la dura batalla sostenida contra la burguesía.

-Ya hemos llegado -habló uno de los tres sujetos apeados de un automóvil.

-Llama ahí, al número 274 -dijo el que hacía de jefe.

-¡Abran a la autoridad!

En el interior de la casa hay un poco de revuelo. Josefina es la primera en levantarse de la cama.

-¿Qué pasa, qué sucede, qué quieren?

-¡Abran a la autoridad! -repiten las voces de los que golpeaban a la puerta.

-Aquí me tienen ustedes, si me buscan.

Es Pablo Sabater que, tranquilo y sereno, se entrega a los individuos que dicen ser agentes de la autoridad, pero a los que cualquiera hubiese confundido con gentes que van a desvalijar el domicilio ajeno a altas horas de la noche.

-¡Manos arriba! -claman a coro, empuñando grandes pistolas y apuntando al pecho del confiado Pablo.

Los titulados agentes de la autoridad le cogen las manos y lo esposan.

-¡Apriétale bien!... ¡Otro eslabón más! -ordena el que rige aquella piña de bandidos, hombre de cara grosera.

Pablo Sabater se contrae en una humilde mueca de dolor intenso, y exclama con los ojos humedecidos por el llanto:

-¡No me traten así, que no soy criminal, sino un humilde obrero, que cumple con sus hermanos!

Fueron sus únicas palabras al salir de su casa, sin saber a dónde lo trasladarían. Sola quedaba su dulce compañera.

VI. CAMINO DE LA MUERTE

En la calle les esperaba un automóvil. No se oía nada, ni a nadie. Sólo unos pajaritos trinaban sus alegres cánticos.

Al bajar las escaleras de la humilde morada de este paria del trabajo, no le dijeron palabra alguna que le hiciese sospechar lo que le esperaba. Y sin conmiseración, aquellos esbirros inquisitoriales, a empellones lo empujaron brutalmente hacia la calle.

Pablo Sabater se tambaleaba, mártir del terrible suplicio que las esposas le producían en las muñecas.

Ya en la calle, lo cogen entre tres y lo arrojan al interior del taxi, como si fuera un fardo de mercancía, propinándole varios golpes.

El coche arranca en veloz carrera, con los faros, apagados, en dirección a la carretera de Moncada...

La infeliz esposa lo ve todo desde el balcón, sin atreverse a gritar ni a defender al detenido, en justa correspondencia del

cariño. Permanece muda, casi idiotizada por el terror, deshecha en lágrimas lanzóse casi loca, sobre el lecho, hendiendo el espacio con agudísimos alaridos de dolor.

Entre tanto, el infortunado Pablo, al verse a los pies de aquellos facinerosos, sintió un estremecimiento convulsivo. Tembláronle las piernas y le castañeteaban los dientes. vio fantasmas por todas partes. Hombres con lanzas y puñales que le martirizaban las carnes.

El automóvil para en seco su vertiginosa marcha. Queda junto a una cuneta, en un campo desierto.

Los tres malhechores que van en el interior del coche, obligan al secuestrado Sabater a que se apee, encañonándole con las pistolas.

Pablo, tembloroso como un enfermo de la médula, desciende del vehículo como puede.

–¿Vais a matarme? –les dice en un como grito de bestia mansa–. ¡No me matéis! ¡Os lo pido por vuestras madres, por vuestros hijos! ¡Piedad, piedad! –exclama de rodillas.

Aquellos hombres, convertidos en fieras, ruines, malvados, crueles y satánicos, no hacen caso a estas santas palabras. Le arrojan violentamente a la cuneta de la carretera, y todos a la vez disparan sus pistolas sobre el cuerpo del infeliz, esposado e indefenso.

Pablo, en los estertores de una agonía feroz, retorciéndose moribundo en un charco de sangre, espesa, y humeante aun, puede balbucir, despreciativo: ¡Miserables! ¡Canallas!



Pau Sabater, «Tero»

VII. LA PRENSA DICE: ...UNA VÍCTIMA

Ya están satisfechos los agentes de la autoridad. Los que con engaños secuestran a un hombre y se lo llevan lejos y le matan cobardemente, se van gozosos a disfrutar de su heroísmo.

La sociedad continúa tranquila. Nadie sabe nada. Nadie sabrá nada...

La Prensa da una noticia, una noticia que es un embuste. Ella informa mal; pero ¿qué importa? ¿Sabe nadie de dónde saca la información que da en letras de molde?

«En la carretera de Ribas –dicen los periódicos burgueses del 20 de julio de 1919–, cerca de la denominada Torre del Baró, fue encontrado ayer mañana el cadáver de un hombre como de treinta y cinco años de edad, que presentaba varias heridas de arma de fuego.

»Se dice haber muerto a consecuencia de la colisión que tuvo con algunos obreros, a la salida de éstos de la fábrica, en la hora del almuerzo.

»El cadáver no ha sido identificado.»

A las veinticuatro horas de publicar esta noticia, recogida, como es de suponer, en los centros policíacos por los chicos de la Prensa, leíase esta otra:

«No ha sido identificado aún el cadáver que se halló el sábado último en la carretera de Moncada, cerca de la Torre, del Baró.

«Presenta el cadáver tres heridas muy semejantes; una en la región occipital y dos en la espalda.

Las tres heridas son de arma de fuego, pero una es de bala blindada; las otras dos, no. Llama poderosamente la atención el que la víctima usase calcetines muy finos y ropa interior fina también, así como que vistiera traje de obrero, al parecer recién estrenado, siendo así que el aspecto de sus manos no es propio de quien se dedica a trabajos mecánicos.»

Continúa la información falsa, y tendenciosa, y malévola.

«En los bolsillos no se le encontró dinero, reloj ni documento alguno que pudiera facilitar la identificación del cadáver, pues hasta el pañuelo que llevaba carecía de iniciales...

«Las autoridades se hallan completamente desorientadas acerca de quién puede ser la víctima, y cuáles los móviles del crimen, ya que por el sitio de las heridas no queda duda respecto a que se trata de un asesinato. Un colega acoge el rumor de que el cadáver fue transportado en un automóvil al punto donde fue encontrado.»

El día 22 de julio publicaba la Prensa:

«Ya se logró identificar el cadáver del individuo que fue hallado recientemente en la carretera de Moncada.

»El muerto se llamaba Pablo Sabater Glirós, de treinta y cinco años. Era casado, tintorero y natural de Elyarri (Lérida).

«Ante el juez de primera instancia compareció ayer mañana espontáneamente Josefa Ros, de veintisiete años, esposa del muerto. La declaración prestada por dicha mujer en el despacho del juez duró hora y media, y aunque se guarda absoluta reserva sobre sus manifestaciones, particularmente sabemos, que en la noche del 18 salió Sabater de su casa, y extrañada su esposa de que no volviera, se enteró del suceso por los periódicos. Por tanto, ayer mañana se personó en el Hospital Clínico, confirmándose en la creencia de que el cadáver depositado allí sea el de su esposo.»

Otro suelto apareció en los diarios, y de él sacará la enseñanza debida el lector que crea a pie juntillas cuanto el papel impreso le diga.

«Por el doctor Soforcada, médico forense del distrito del Norte, cuyo Juzgado entiende en el sumario por el hallazgo del cadáver de Pablo Sabater Glirós en las inmediaciones de la «Torre del Baró», carretera de Moncada, se ha practicado la autopsia del cadáver.

«Aunque dicho facultativo y el Juzgado guardan absoluta reserva acerca del resultado de la diligencia, hemos oído asegurar que Pablo Sabater murió por hemorragia interna

traumática; que su cadáver presentaba seis heridas, dos de ellas mortales de necesidad, ambas en la espalda; una en la cara con orificio de entrada y salida (supónese que el correspondiente disparo se hizo a quemarropa); otra herida estaba en el antebrazo izquierdo, creyéndose que obedeció a la defensa natural de la víctima cuando vio que iban a disparar contra él. Además, se apreciaron dos rozaduras.

»La esposa del interfecto afirma, y así parece que lo declaró ante el Juzgado, que Sabater había salido de su casa aquella noche, y desde entonces no lo volvió a ver hasta que le presentaron su cadáver en el depósito judicial. Cree que le llevaron en automóvil hasta el sitio en que fue muerto. Parece ser que la víctima, al salir de su domicilio, llevaba dinero y algo que podría facilitar su identificación, todo lo cual hicieron desaparecer los asesinos.»

¿Se quieren mayores inexactitudes? ¿Cómo se concibe que la esposa de Pablo Sabater diga que él salió de su casa y que ya no volvió a verle hasta el depósito judicial? ¿Cómo diría ella cosas tales cuando presenció la detención en su propio domicilio? Así es todo. La Prensa, que debe ser libre está al servicio de la mentira.

VIII. LA LEY DE FUGAS SE APLICA A DISCRECIÓN

No fue este caso el único de aplicarse la «ley de fugas» a los trabajadores sindicados. Era tan corriente en aquella época, que los más caracterizados elementos sindicales temían ser blanco de aquellas medidas perversas.

A primeros de enero de 1921 fue a Barcelona Diego Parra, a fin de resolver varios asuntos particulares. Visitó, como era lógico lo hiciese, a parientes y amigos. Una tarde, en unión de varios de éstos, fue a tomar café al Español, situado en sitio céntrico, y por el cual siempre había polizontes. Como se comprenderá, si aquéllos temiesen algo, no hubieran ido a tal lugar.

Pues bien; cuando salían tranquilamente se encontraron con unos policías que, pistola en mano, los detuvieron sin darles la menor explicación.

Brutalmente esposados, lleváronles a la Delegación de Atarazanas, donde, después de cachearlos, y no encontrando nada más que documentos comerciales y algún dinero, fueron

bárbaramente golpeados con las culatas de las pistolas y con porras de goma.

Después de estos atropellos, condújoseles a la Jefatura de Policía. Allí fueron presentados con toda clase de horrorosos antecedentes.

Prevenido el general Arlegui de la llegada de estos ciudadanos, les pasó revista, teniendo para cada uno palabras de atención y saludo, la mejor de las cuales era hijo de mala madre. A uno de los detenidos se le encontró un libro de Ferrer Guardia, y el general le anunció que dentro de breves horas le haría compañía.

La profecía se cumplió.

Cuando llegó Arlegui frente a Parra le dijo: «Tú eres cuenta aparte». Mandó que le esposaran, y allí empezó a abofetearle en medio de risotadas de sus agentes.

Esa misma noche fueron otra vez salvajemente apaleados, en cuatro ocasiones distintas. Y en vista de que no «cantaban», a las tres de la madrugada sacóseles de la Jefatura convenientemente esposados.

Los detenidos apenas si se podían tener en pie. Ninguno ignoraba que iban camino del cementerio

Ya fuera del edificio policial, emprendieron su marcha rumbo a la muerte. Cuando llegaron frente al edificio de la Cárcel Modelo, y en un solar lleno de escombros, el cabo de los guardias de «Orden Público» dio orden a los suyos de que

pasaran detrás de los conducidos. Hecha esta operación y amarrados como estaban, sonó una descarga, y seguidamente otra.

Cuando dieron por consumado el crimen, ya satisfechos de su obra pacificadora, procedieron tal como se lo habían prevenido. Llamaron al sereno para que sirviera de testigo, y, como estaba preparado, buscó un carro y en él los colocaron como a perros, conduciéndolos al Dispensario de Urgencia.

Al llegar a este establecimiento benéfico, las víctimas –una de ellas agonizante–, se produjo una escena macabra, llena de compungido pavor.

Parra, ante el espanto y asombro de los asesinos, se lanzó del carro por su pie, y corriendo, entró al Dispensario. Temía ser rematado. Al ver que no estaba muerto, el asombro de los que habían asesinado a los otros, y de los civiles que se unieron a la comitiva y conocían lo sucedido, fue inmenso.

Los cuatro amigos y compañeros recibieron los tiros a boca jarro y rodaron ensangrentados por el suelo.

Uno de ellos no había muerto: Diego Parra. Pero se hizo pasar por tal para librarse de que le remataran. Tenía varias heridas graves, pero no había perdido el conocimiento. En cambio, los restantes compañeros suyos murieron en el acto.

Oficialmente se dijo que los guardias habían sido atacados por unos pistoleros, quienes intentaron libertarlos, y que al tratar de huir, los guardias habían disparado sobre ellos.

¿A qué continuar con más relatos? Casos de éstos hubo muchísimos. La Prensa los desfiguraba todos, presentándolos como si los muertos fuesen unos «bandidos con carnet», que pretendían huir, por lo cual se les aplicaba esa ley de fugas, puesta en acción por los más bandidos de la política ibérica.

¡La ley de fugas a quienes no podían fugarse por estar esposados!

Así quería deshacerse la Patronal de los hombres para vivir tranquilos, para seguir explotando a las propias víctimas.

Esta ley de fugas se aplicó sin tasa, se aplicó de la manera cruel que se sabía hacer.

La tranquilidad de unos señores, bien valía unos cientos de muertos...